FLACSO
CHILE
Biblioteca

G239 par
DT.266
c.3

DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 266, Octubre 1985.

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

11.554

950.-

PARTIDO Y SOCIEDAD EN UN PROYECTO SOCIALISTA.

Manuel Antonio Garretón M.

Transcripción de la exposición verbal presentada al Seminario "Ideas y experiencias socialistas en el mundo contemporáneo", organizado por el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea de la Academia de Humanismo Cristiano y VECTOR, Santiago, 22-23 de julio de 1985.

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

R E S U M E N

A partir de una perspectiva general que define una tensión irreductible entre proyecto político y partido, el trabajo examina las consecuencias que para un partido de corte socialista tiene la redefinición del socialismo en la sociedad actual y una concepción abierta y renovada del mismo. Se discuten estas consecuencias en términos de tensiones con el proyecto, el movimiento social, la izquierda, el patrimonio doctrinario, la base social y el mundo de los intelectuales. Un segundo eje de análisis está dado por la inserción de un partido que se define por un proyecto socialista en el esquema de relaciones entre partido y sociedad en Chile y en el sistema partidario global del país. El tercer eje de análisis se refiere a algunos puntos de ruptura con la cultura política del socialismo chileno que los planteamientos anteriores implican.

El tema que voy a abordar, de carácter más especulativo que los otros aspectos del socialismo chileno que han sido tocados en este seminario, se refiere a la tensión partido-sociedad en un proyecto socialista y en el caso chileno. Desde ya quisiera despejar una posible duda: lo que voy a argumentar no se inscribe para nada en el debate muchas veces doctrinarista o dogmático de lo que se llama "la teoría del (¿y por qué no "de los"?) partido". Más bien me interesa aportar puntos para una discusión y planteamiento de problemas.

Voy a organizar mi exposición, a partir de una perspectiva introductoria de carácter general, en torno a tres ejes. En primer lugar, la relación entre proyecto socialista y partido o las consecuencias que un determinado proyecto socialista tiene para un partido que se define como tal. En segundo lugar, la inserción de un partido socialista en la sociedad chilena y, más concretamente, en el esquema o espectro partidario de este país. En tercer lugar, algunos problemas de continuidad y ruptura en la cultura política y organizacional del socialismo chileno.

Una perspectiva general

El punto de partida de mi reflexión, en contra de las ilusiones globalizantes y totalizantes, es que siempre habrá una tensión irreductible entre un principio, un proyecto, y los medios para llevarlos a cabo. Los ejemplos clásicos, cristianismo e Iglesia, amor y matrimonio, revolución y partido, etc. muestran que siempre lo que es un medio para algo puede también ser un obstáculo. Es decir, no hay nunca identi-

dad entre un proyecto y los instrumentos con los cuales el proyecto se quiere realizar. La gran tentación de un militante es la búsqueda totalizante, la confusión del proyecto o principio don el instrumento, la reificación del primero en el segundo.

La consecuencia de esta tensión es que no habrá nunca identidad entre socialismo y partido, concebido éste como un medio para realizar aquél.

Por otro lado, desde el punto de vista de la sociedad contemporánea se refuerza lo señalado. El mundo en que vivimos es demasiado complejo para que pueda ser representado en su conjunto a través de un instrumento particular y específico como son los partidos políticos. Hay un momento partidario de la sociedad, ello es inevitable. Ya se trate de un partido, dos, muchos, o de un caudillo, el momento partidario en la sociedad es ineludible e insustituible. Pero la sociedad no se reduce nunca a ese momento partidario. En este mundo complejo el partido es un instrumento, momento o forma de representación, pero un proyecto de sociedad es algo demasiado complicado para que pueda ser encarnado sólo en un partido. Los partidos no tienen sustitutos pero son sólo una instancia o momento de la sociedad y nunca, como se ha pretendido a veces, su "síntesis" o su "vanguardia".

Partido y proyecto

Cuando hablamos hoy día de "proyecto socialista" lo hacemos en ruptura con el modelo clásico de socialismo, aunque también en continuidad con algunos de sus componentes.

Este modelo clásico, hoy en crisis y en algunos casos en vías de desaparición, se caracteriza por la afirmación de una clase con intereses unívocos que encarnan los intereses generales de la sociedad y que se hace representar por una organización de vanguardia cuya misión es tomar el poder del Estado para iniciar desde ahí la transformación de la sociedad. Esta transformación de la sociedad pasa por una etapa de destrucción del orden antiguo y de colectivización de los medios de producción o, en la vertiente más social demócrata, por la referencia del movimiento social a un Estado que se constituye en el agente reformador del capitalismo. Elementos fundamentales del modelo clásico más ortodoxo eran también las visiones economicistas y cientificistas de la sociedad. La primera suponía que de las transformaciones económicas emana el conjunto de otras transformaciones sociales, es decir, que eliminando la dimensión de explotación se eliminan todas las otras formas de alienación y opresión. Subyacente a esta visión estaba también la percepción optimista del progreso ilimitado: si se desarrollan las fuerzas productivas, y está el espacio abierto para ello indefinidamente, es posible la solución del conjunto de contradicciones de la sociedad. La segunda concebía una teoría única y científica de la sociedad y del tránsito al socialismo, un sistema de leyes generales que hay que aplicar a cada caso particular y cuyo núcleo inmutable es el marxismo leninismo.

El modelo clásico del socialismo se componía, entonces, de este conjunto de elementos: clase, partido, toma de poder del estado, economicismo colectivizador o estatizante, progresismo de las fuerzas productivas y teoría cientificista de

la historia. Se trata a mi juicio, de una visión que se deshace progresivamente.

Porque lo que tenemos al frente es un tipo de sociedad cuya crisis no puede ser enfrentada por este modelo clásico. Esta crisis podría ser caracterizada -en términos muy gruesos y esquemáticos- en una doble dimensión. Por un lado, una crisis del modelo de desarrollo, donde lo que aparece como crucial, en los países en que a nosotros nos toca enfrentar estos problemas, es un proceso de marginalización creciente, una situación en la que millones de seres humanos no van a alcanzar las condiciones elementales de sobrevivencia, realización personal y el nivel clásico de la ciudadanía. El mundo sumergido creciente y sin esperanzas es el primer elemento de la gran crisis de la sociedad que enfrentamos. La segunda dimensión se ubica en un plano sociocultural y se refiere a la tensión no resuelta hasta ahora entre los fenómenos de socialización, es decir de expresiones colectivas donde las clases, los grupos, las categorías se manifiestan y se autoafirman como tales, y las tendencias cada vez más presentes de individuación. La gente quiere ser cada vez más si misma y cada vez más distinta.

Pienso que esta sociedad marcada por esta doble crisis de marginalización masiva creciente y de contradicción entre los fenómenos de socialización necesaria y las tendencias y aspiraciones a la individualización, plantea un enorme desafío para un proyecto socialista. En efecto, la tradición socialista está acostumbrada a pensar los problemas en términos del mundo del trabajo, de la clase obrera, y de tendencias estatizantes o colectivistas. Los temas de una so-

ciedad sin marginales o integrada y del autogobierno en los distintos niveles de la sociedad aparecen aquí como centrales para las sociedades contemporáneas. Ya no pueden resolverse los problemas de estas sociedades con la sola utopía del término de las explotaciones, la eliminación del trabajo asalariado, etc. en un mundo en que grandes masas claman por ser incorporadas al menos a ese trabajo. El conjunto de problemas de estas sociedades ubica al tema clásico de la explotación económica como uno de los problemas a enfrentar y no como el único cuya resolución implica el término de todas las contradicciones.

Junto con redefinirse frente al modelo clásico, un proyecto socialista en ciertas sociedades y condiciones históricas como la chilena, se replantea el tema del régimen político. El socialismo busca una respuesta frente al Estado y frente a la organización de la sociedad civil. Pero reconociendo ambas esferas, reconoce también el problema específico de las mediaciones entre ellas, entre Estado y sociedad, cual es el problema del régimen político. El socialismo puede tener un proyecto de Estado y de sociedad civil distintos, pero en esta sociedad y condiciones históricas no tiene un proyecto de régimen político diferente a la democracia política. En otras palabras, la democracia política pasa a ser uno de los objetivos propios del socialismo y aquí hay una transformación fundamental en la configuración de un proyecto socialista. La democracia política no basta para definirlo pero es un componente insustituible.

En el caso chileno, por otra parte, un proyecto socialista no puede dejar de considerar en forma crítica su pro-

pia herencia histórica, en especial, el período en que cristalizó parcialmente lo que era su propuesta para Chile, esto es, el período de gobierno de la U.P. entre 1970 y 1973. Sin entrar ahora en un análisis detallado de esto, vale la pena recordar dos elementos críticos principales. En primer lugar, la ilusión que la resolución de los problemas económicos, identificada tal solución con la estatización, resolvía los problemas de la sociedad, especialmente los políticos. En segundo lugar, el desconocimiento que no hay transformación social posible dentro de los marcos democráticos si no hay mayoría sociopolítica para ello, por mucho que quienes lo intenten sean representativos de grandes masas.

Finalmente, un proyecto socialista viable para Chile debe considerar el carácter actual de la crisis de la sociedad chilena. También nos parece que hay aquí una doble crisis, cada una con su identidad, su dinámica y sus actores propios, y que, por lo tanto, la solución de una entra en tensión con la resolución de la otra. Una primera es la que se refiere al régimen institucional: esta sociedad vive una crisis de legitimidad solo resoluble a través de un cambio de régimen político evitando el vacío institucional. Pero hay un segundo problema, que no parece haber estado presente en todas las transiciones entre regímenes, y es el problema de la reconstrucción de la nación. Y en ese sentido, aunque sin guerra ni ocupación extranjera, nos acercamos al desafío de las sociedades post-fascistas, o, en otro plano, al de las sociedades latinoamericanas después del término del Estado oligárquico y la crisis económica mundial del 29. Reconstrucción del régimen político y reconstrucción de la nación son los dos grandes ejes en torno

a los cuales debe articularse el proyecto socialista para Chile.

A estas alturas, entonces, vemos mucho más el socialismo como un proceso que como un modelo de sociedad que se implementa el día que se toma el poder, comienza la revolución y "cantan los ruiseñores" (como diría Kundera). Se trata de un lento y largo proceso que se hace al interior de la democracia política y donde el interés socialista asume el interés de la nación y la sociedad, desde la perspectiva de quienes nacieron perdedores en la vida y en la historia, llámense éstos obreros, marginales, cesantes, mujeres, hambrientos. Desde la perspectiva de los vencidos pero asumiendo, con otra lógica, la herencia civilizatoria que haya dejado el mundo de los vencedores.

¿Qué consecuencias tiene esta percepción de un proyecto socialista tan abierto, para un partido político que quiera asumirlo?

En primer lugar, yo retomaría el tema inicial de la tensión entre proyecto o ideal socialista y partido. Este último no es el único encarnador de los principios o proyecto socialista. Tal proyecto se encarna en muchas instancias y atraviesa también muchos partidos, aunque preferentemente un partido socialista. Repitamos que un partido es una mediación y, por lo tanto, puede llegar a ser un obstáculo. No habiendo identidad entre el socialismo como proyecto y un partido particular, tampoco hay identidad entre el partido como organización y el mundo social y cultural al que ese partido convoca, entre "mundo popular" y "parti-

do socialista": capacidad de convocatoria no implica identificación o confusión entre uno y otro. Esta distancia entre el mundo de referencia del socialismo y el partido como organización debe ser defendida y esto implica una lucha permanente del partido contra la tentación de la totalidad. Como contraparte, si el partido es una mediación entre otras con el proyecto socialista y si no se identifica o confunde con el mundo que aspira a representar como universo autónomo de organizaciones y de movimiento social.

En segundo lugar, tampoco puede identificarse la problemática de un partido socialista con la problemática de la izquierda. Un partido socialista es en Chile sin duda un partido de izquierda, forma parte de ésta, pero su proyecto nacional la trasciende y no puede subordinarse al viejo tema de la unidad de la izquierda. Este tema sigue siendo importante, pero debe ser redimensionado y dejar de ser el único parámetro para medir el desarrollo de un proyecto socialista, En otras palabras, el problema de la izquierda en su conjunto y de sus relaciones internas se convierte en un tema histórico a resolver y no en la cuestión metafísica de su unidad "esencial". El problema básico pasa a ser, entonces, el de la construcción de una mayoría sociopolítica nacional que incluye a la izquierda, pero va más allá de ella.

En tercer lugar, un partido para un proyecto socialista que se mueve en las coordenadas indicadas no puede definir su identidad en términos de una doctrina única y monolítica ni de un conjunto de verdades teóricas que se postulan a sí mismas como científicas. En otras palabras, no parece tener sentido definir un partido a partir de un cuerpo ideo-

lógico cerrado y excluyente que obliga siempre a plantearse en términos de ortodoxias que se condenan unas a otras. Definir un partido como marxista o como marxista-leninista o como cristiano, parece un error de perspectiva histórica. Otra cosa es que un partido incorpore componentes de una u otra visión, que utilice los instrumentos, percepciones y sensibilidades respectivas, que transmita un cierto bagage cultural en que estén presentes los elementos de un cuerpo doctrinario o de varios. Un partido debiera apelar a la mayor diversidad de vertientes culturales, de sensibilidades teóricas e ideológicas y buscar su homogeneidad en el nivel más programático.

Lo mismo podría decirse respecto de la identidad social de un partido para un proyecto socialista como el indicado. Si la referencia al mundo de trabajadores, más aún, al mundo popular, es constitutiva de un partido socialista, ello no significa que haya que definir su identidad en la homogeneidad de una base social clasista, sino, nuevamente, en la capacidad de convocatoria que tenga en el plano programático. Dicho de otro modo, tanto a nivel teórico cultural como a nivel de su base social, se trata de un partido abierto, expresando toda la diversidad de aquello que aspira a convocar y representar.

En cuarto lugar, en términos de un proyecto socialista renovado el problema de la creatividad sociocultural y política aparece como crucial. Esto replantea el tema de la inserción de los intelectuales en la actividad política y el de las relaciones entre partido e intelectuales. Hay aquí que evitar un modelo de relación que existió en el pasado.

En ese modelo los intelectuales eran quienes simplemente sistematizaban el discurso político vigente, donde la imbricación entre intelectuales y partidos subordinaba los primeros a los segundos y reducía la legitimidad de la actividad intelectual a su rol partidario y no a su aporte crítico. Se trata que el trabajo intelectual tenga incidencia en el mundo político partidario, sin enajenarse pero también sin subordinarse. Me parece que al respecto cabe una importante crítica al trabajo de los intelectuales en los finales de los sesenta y comienzos de los setenta. Igualmente cabe aquí el concepto de tensión necesaria entre intelectuales y partido.

En síntesis, un proyecto socialista con los rasgos reseñados obliga a un partido que quiera asumirlo a manejar un conjunto de tensiones: con el proyecto mismo, con el movimiento social, con la izquierda en conjunto, con su patrimonio doctrinario, con su base social y con el mundo intelectual. Ello implica cambios significativos en la cultura y tradición socialista chilenas. Volveremos sobre estos temas más adelante en términos más concretos.

Partido y sistema político

El segundo eje de reflexión se refiere a la inserción de un partido socialista en el esquema de la sociedad y del sistema de partidos en Chile.

Pienso que, hasta la ruptura autoritaria de 1973, hay dos elementos claves que nos sirven como antededentes para

replantearnos el futuro.

En primer lugar, el tipo de relación que existía entre el sistema partidario en su conjunto y las organizaciones de la sociedad. En otras ocasiones me he referido al tema de la "columna vertebral" de la sociedad chilena: entre Estado y "base" social había una instancia mediadora o intermedia, la estructura político partidaria, con espectro ideológico político completo, que había dado origen a una clase política con suficiente capacidad de reproducción, desarrollo, representación y, también, tendencia a la autonomía hacia finales de los sesenta. De tal suerte que lo que existía como modo de acción política era una imbricación entre la estructura partidaria y las organizaciones del movimiento social. En el campo del sindicalismo, del movimiento campesino o estudiantil se daba esta correlación entre organización social y partido político, la que explica en parte la debilidad de movimientos sociales autónomos o la ausencia de otros como el de mujeres, que no pasaban de ser departamentos de uno u otro partido. Había, por lo tanto, un tipo de articulación entre Estado y sociedad civil, más allá del régimen democrático mismo, que privilegiaba al sistema partidario como único canal de representación, de articulación de demandas y de creación de actores sociales.

El segundo elemento era la inserción del socialismo partidario en el espectro político a partir de la problemática principal de la unidad, tensional y contradictoria, de la izquierda. El punto crucial era, entonces, el de la alianza Partido Socialista-Partido Comunista. En la década del sesenta esto nos dio un esquema partidario tripolar:

una derecha, con sus dos troncos históricos reunificados en el Partido Nacional, que se encaminaba a posiciones más autoritarias; un centro que abandona su papel pendular, al reemplazarse el Partido Radical por el Partido Demócrata Cristiano como partido predominante de centro, y se convierte en un polo alternativista con proyecto propio y reacio a las alianzas; una izquierda, que manteniendo su doble representación en el Partido Comunista y Partido ocialista, más otros sectores que vienen del centro, se unifica en la matriz clásica del marxismo-leninismo. En este esquema tripolar reside, en parte, la crisis posterior de la democracia en Chile.

A partir de estos dos elementos pueden analizarse los cambios y desafíos del sistema partidario en el que se inserta el socialismo chileno.

Pareciera a estas alturas que ni el régimen militar pudo eliminar del todo y reemplazar la "columna vertebral" y la estructura político partidario, a lo más las desarticuló, ni el mundo renovado de la política en la oposición -por razones fáciles de entender- pudo cambiar esta forma de constitución de actores sociales. Basta con examinar lo que ocurre estos años con las elecciones en medios profesionales, sindicales, estudiantiles para concluír que no se creó una nueva forma de constitución de actores sociales distinto al modelo de relación entre partidos y organizaciones sociales al que nos hemos referido.

Y, sin embargo, algo parece haber pasado en esta relación que no reproduce tal cual el sistema de "imbricación"

que conocíamos. Aquí se plantea la búsqueda necesaria de nuevas formas de articulación que privilegien la autonomía del movimiento social. El paso de la "imbricación" a la "tensión" implica un enorme esfuerzo de la clase política y de los partidos por crear movimientos sociales, difíciles de constituir sin relación a los partidos, y permitir luego su independencia o autonomía. Esto supone romper una tendencia histórica y ello es particularmente relevante en el caso del socialismo si aspira a representar la variedad y novedad del mundo popular que se ha ido conformando estos años. El segundo problema se refiere a un cambio en el espectro partidario y puede considerarse como una hipótesis para una consolidación democrática, aunque no necesariamente para una transición. Se trataría de pasar del esquema tripolar descrito a un esquema de cuatro polos: una derecha democrática, sin la cual no hay democracia política; un centro, principalmente democratacristiano y con sectores socialdemócratas, inclinado hacia la izquierda; una izquierda socialista y una izquierda clásica marxista leninista cuyo eje central es el PC. Este esquema podría asegurar la estabilidad democrática si cada uno de estos polos logra desarrollarse constituyendo una especie de "cuadrángulo democrático", en el cual el centro, la izquierda socialista y la izquierda comunista formarían a su vez un "triángulo democrático-transformador" que asegure un proceso de cambios y democratización profunda en el marco de la democracia política. Se lograría así una mayoría sociopolítica que combine reglas del juego democráticas con cambio social, con coaliciones variables en su seno.

Uno de los puntos claves de esta hipótesis es si la izquierda socialista será capaz de una unificación orgánica para enfrentar los problemas de consolidación democrática o permanecerá fragmentada como hoy, con lo cual se hará progresivamente dependiente tanto del centro como de la izquierda comunista. Esta unificación aparece como condición de una autonomía de la izquierda socialista, cuya viabilidad no se halla ni en las tendencias social demócratas bien aseguradas por el centro ni en la matriz marxista-leninista bien asegurada por la izquierda comunista. La viabilidad de la izquierda socialista, más allá de los aspectos orgánicos, reside en su capacidad de combinar adecuadamente los elementos modernización, eficiencia, racionalidad instrumental, con los elementos democratización, popular, expresivo-simbólico. La combinación de ambos polos de la acción política permite una convocatoria programática original, autónoma y diversificada socioculturalmente, que puede incluso llegar a ser mayoritaria. No hay por lo tanto, un problema de cuál es el "hueco de una izquierda socialista, sino una interrogante respecto de si sus actuales componentes serán capaces de llenarlo.

Partido y cultura política

El tercer eje de reflexión se refiere a algunos puntos de ruptura en la cultura política del socialismo chileno si se aspira a asumir un proyecto socialista como el reseñado y a insertarse del modo indicado en la sociedad y el sistema político chileno.

En primer lugar, creo que pensar una izquierda socialista unificada significa, nos gusten o no las palabras, simplemente refundar el socialismo en Chile. Ello necesariamente implica reeducar la sensibilidad de la masa o pueblo socialista cuyo discurso ideológico ha estado tradicionalmente desfasado de su práctica y su vida reales. El problema principal de esta refundación parece residir hoy en la segmentación orgánica de los dos polos constitutivos de un proyecto socialista: el polo modernizador, instrumental, racionalizador, institucional, relativamente cupular, y el polo expresivo-simbólico, popular, radicalizado. Los componentes organizacionales actuales del campo socialista aparecen bifurcados en, o identificados con, uno u otro polo y la tarea fundamental de un partido socialista es, insistimos, la combinación de ambos. Ello, por dos razones: primero, porque el mundo político chileno es un mundo sobreideologizado, integrista casi, en que la secularización de la política aparece como condición de la reconstrucción democrática y ello requiere principios modernizadores, racionalidad instrumental, lógica institucional; segundo, porque grandes masas juveniles y de las nuevas generaciones experimentan un rechazo visceral, intuitivo, a esta forma de una política secularizada y requieren más bien de espacios de participación e identidad simbólico expresivo. No habrá izquierda socialista unificada sin la incorporación de ambas dimensiones de la política.

Digamos, por otro lado, que esta unidad orgánica de las distintas vertientes o troncos de la izquierda socialista puede hacerse antes o después del advenimiento de un régimen democrático. El riesgo en el primer caso es que sea

abortiva y, al no expandir la capacidad de convocatoria, reproduzca la fragmentación actual. El riesgo en el segundo caso es que su carácter sea exclusivamente electoralista.

En segundo lugar, un planteamiento como el realizado acá obliga a revisar algunas cuestiones relativas a la organización de un partido socialista, las que quisiera solamente dejar enumeradas.

Por un lado, creo que uno de los principales problemas de la política chilena radica en su clase política, cuyas virtudes, entre otros factores, hicieron posible la estabilidad democrática, pero cuya naturaleza y forma de constitución genera también enormes dificultades de concertación. Desde la perspectiva de una organización partidaria, y dada la tradición del socialismo chileno, me parece fundamental la diversificación del mundo de oportunidades para esta clase política de modo que los antagonismos de carrera política o de proyectos personales o grupales legítimos no se revistan de legitimidad ideológica porque faltan los canales para expresarse. Se trata de enfrentar aquí la tradición caudillista o fraccionalista característica del socialismo en Chile.

Por otro lado, me parece importante tomar en serio el problema de la democracia interna de un partido de proyecto socialista. Creo que en un régimen de democracia política debiera existir un estatuto de los partidos que establezca normas generales de democracia interna como rotación periódica de cargos, elecciones primarias, cuotas obligatorias de cargos en las directivas para mujeres, etc. A su

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

vez, cabe plantearse el problema del nucleamiento y participación en la base, en un país con una tradición muy centralista y con sobre énfasis en la política estatalista, donde la democracia a nivel local fue siempre muy débil.

Todos estos aspectos requieren de cambios institucionales, pero, sobre todo, de cambios en la cultura política e implican, en un primer momento, un acto de voluntad de la clase política.